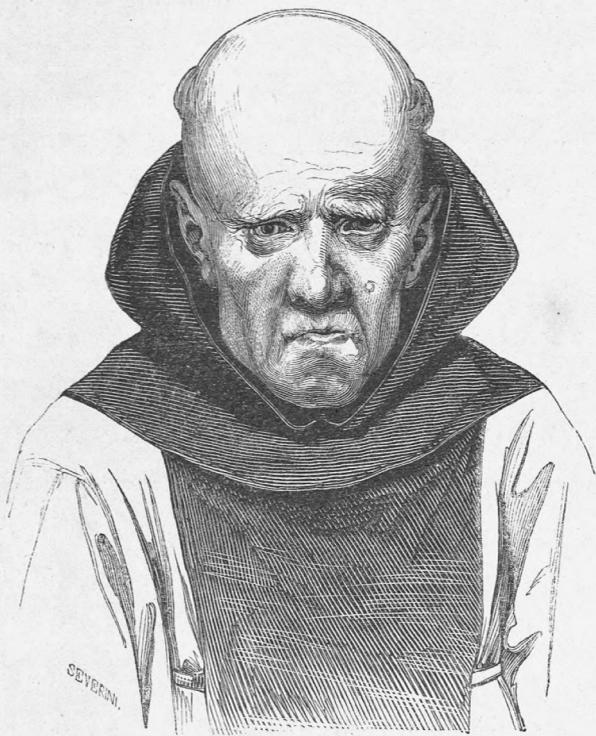


Pero Felipe II no queria permitir que su hermano D. Juan se remontase mas allá de la esfera en que él le habia colocado: así es que mandó muy singularmente á sus ministros en Italia que nunca le diesen el tratamiento de *Alteza* ni de palabra ni por escrito, limitándose tan solo al de *Escelencia*. Abrigaba sin duda temores de que su hermano, adquiriendo demasiado vuelo,



FR. HERNANDO DE CIUDAD-REAL.

llegase á obtener alguna de las coronas con que sus amigos, y hasta el mismo Pontífice parecian incitar su juvenil corazon. Nada tiene, pues, de extraño que despues de tantas fatigas, de tan notables triunfos y de algunos años de separacion, desease D. Juan de Austria abrazar á su hermano, y abandonarse á dulces y fraternales coloquios.

Adviértase que el príncipe llegó esta vez al Escorial tan solo por la resistencia de su caballo, pues todos los criados que le acompañaban se quedaron rezagados, y algunos tumbados á impulso del fuerte viento que se levantó, debido, segun el monje Sigüenza, á la maldita complacencia del demonio, tan interesado en entorpecer cuanto pudiese contribuir á dar gusto á los monjes y al adelantamiento de la fábrica. Partió en seguida el hijo del Cesar con direccion á Valladolid, donde le llevaba el objeto de despedirse de Doña Magdalena de Ulloa, á quien queria como madre.

De allí á poco presentó á S. M. su renuncia el P. Fr. Hernando de Ciudad-Real, la que admitida por el Rey, fue nombrado para sustituirle el P. Fr. Julian de Tricio, que fué confirmado por la Orden acto continuo (20 de mayo de 1575).

Aún corria este mismo año, cuando hallándose en el Escorial el Rey y toda su familia en compañía de la reina Doña Ana, las infantas Doña Isabel y Doña Catalina y los dos príncipes Alberto y Wenceslao, hermanos de la reina, le presentaron las quijadas de un descomunal pez cuyas dimensiones debieron ser colosales. Desde una nave, dicen todos los autores, que se hallaba en el Océano no lejos del estrecho de Gibraltar, descubrieron los marineros un enorme mónstruo marino que les llenó de espanto: tiráronle un cañonazo, y herida la bestia en una de sus aletas rompió por el estrecho con espantosa velocidad y fuertes alaridos, yendo á encallarse á la playa de Valencia junto al lago de la Albufera, donde la encontraron muerta el dia del Corpus de 1574, y de cuyo sitio desaparecieron todos los demás pescados, no se sabe si huyendo de la inmensa mole, ó espantados por el mal olor y la putrefaccion. La longitud de su cuerpo era de 150 palmos, y su grueso por lo mas ancho asemejaba á una torre de 100 palmos de circunferencia. Tenia la cabeza tan desmesuradamente grande que podian colocarse siete hombres en su bóveda craniana; por su boca podia entrar cómodamente un hombre á caballo, y sus ojos eran como dos rodela. Tenian extraordinario volumen sus órganos genitales, y sus dos alas parecian las de una galera. Tan colosales dimensiones se conciben, como ya hemos dicho, á la vista de las quijadas que se conservan, cada una de 16 pies de largo con 20 dientes por banda, algunos de ellos de media vara y los mas pequeños de un palmo. El vulgo dió en llamarle *pez mular*, por la semejanza de sus órganos genitales con los del mulo. Sigüenza es de opinion que podria ser un *canis carcaria macho*, pero su verdadero nombre es *cachalote*⁽¹⁾. Quiso Felipe II que estos enormes maxilares se conservasen en San Lorenzo, para admiracion de cuantos los viesan, y en memoria de haberse cojido en su tiempo un animal tan disforme y poco conocido. Colgáronse, pues, de dos argollas de hierro en el lugar donde aún se ven, que es en el zaguan junto á la puerta de las Cocinas.

En 9 de julio del mismo año tuvieron los Reyes el disgusto de perder á su hijo el infante D. Carlos Lorenzo, que murió en Madrid, desde donde fué custodiando su cadaver el Obispo de Sigüenza, quien lo entregó al Prior y monjes con la debidas formalidades. Entonó la Comunidad el Oficio de ángeles, depositándolo en seguida en la bóveda donde descansaban sus mayores⁽²⁾. Templóse empero algun tanto este disgusto con el nacimiento del Infante D. Diego, ocurrido el 12 del mismo mes.

Solo contemplando, no la posicion de un monarca absoluto de aquellos tiempos, harto libre y desembarazada por cierto en cuanto dice relacion con su gobierno, sino parando nuestra atencion en las complicaciones dificiles, en las estrañas combinacio-

(1) Cachalote, mamífero del orden de los cetáceos, que parece pertenecer á los mares intertropicales, pero que se halla igualmente bajo todas las zonas, y puede llegar á tener 30 metros de largo y 16 de circunferencia por la parte mas gruesa de su cuerpo. Lo que caracteriza á ese monstruoso animal es el enorme volumen de su cabeza, que viene á ser una tercera parte de su longitud. El *ambar gris* se forma en los intestinos del cachalote, y parece ser el producto de una secrecion mórbida: la especie mas estendida es la del *cachalote macrocéfalo*, que proporciona toda la esperma de ballena que se emplea en el comercio. Los cachalotes son los gigantes de los mares, en donde reinan despóticamente: viajan siempre unidos y en gran número.

(2) Este príncipe era el segundo hijo que Felipe II tuvo de la reina Doña Ana, el mismo que hemos dicho en la pág. 36 que nació en Galapagar.

nes políticas que entonces se ponian en juego, asi como en lo mucho que la Europa toda, coligada contra Felipe II, le daba que hacer, y el teson, estudio y entereza de que habia menester para contrarestarlas, es como podremos formarnos una idea exacta de la fuerte organizacion del monarca, que parecia ocuparse tan solo de la fábrica del Escorial. Asi era en efecto, y la historia ha venido á patentizarlo. Al mismo tiempo que rezaba Maitines, espedia una orden para que su hermano D. Juan de Austria marchase sobre Flandes, con el objeto de consolidar en aquel pais la autoridad monárquica y procurar su completa pacificacion; al mismo tiempo que terminaba un Oficio de difuntos, se enteraba de la resolucion del príncipe de Orange mandando demoler la parte del castillo de Amberes que amenazaba á la ciudad, ó del entusiasmo popular que habia producido en aquel pais la orden de destruir la estátua del Duque de Alba. De modo que considerado aquel monarca en el Escorial, nada mas fácil que incurrir en el error de creer que la idea de la edificacion le absorvia por completo, mientras que estudiado en el nebuloso caos de la política, manejando las riendas de toda la Europa, y al frente de tantos y tan diseminados dominios, cualquiera se creeria autorizado para deducir que apenas ponía los pies en el Escorial. ¡Feliz prerogativa de los hombres dotados de tal fuerza de voluntad, poder y talento político! De esta suerte vemos que sin abandonar el gobernalle de sus estados, pasaba la mayor parte del año en el Escorial, donde gozaba, y aun acaso descansaba de los cuidados y sinsabores que la política pudiera proporcionarle. Allí estaba constantemente al frente de la obra, prevenia, disponia é inspeccionaba cuanto se hacia, alternaba con los monjes en las divinas alabanzas, y daba impulso con su presencia á todo, escojitando de continuo el modo de embellecer y mejorar la idea que tenia ya puesta en ejecucion.

Con este último objeto pensó trasladar al Escorial el colegio y seminario establecido provisionalmente en Parraces; y apenas esplanó su idea, cuando ya se vió acosado por todos los que querian que aquella Abadía volviese á emanciparse de la jurisdiccion de los monjes. Unos le aconsejaban que lo cediese á la orden de San Francisco, otros que formase un monasterio separado, y los mas que lo entregase á clérigos seglares. Llegó esta última idea á ganar tanto terreno en la mente del monarca, que tenia ya solicitado é impetrado un breve de S. S. Gregorio XIII para ponerlo por obra: pero habiendo comisionado al presidente del Consejo de Ordenes D. Antonio de Padilla para que, con el objeto de dilucidar la cuestion, informase lo mas conveniente, se trasladó este al Escorial, y despues de un maduro examen, y de acuerdo con el Prior Fr. Julian de Tricio, quedó acordado que en el monasterio de Parraces, una vez quitado el colegio y seminario, quedasen nueve monjes y un vicario, dependientes y bajo las órdenes del Prior de San Lorenzo, del cual serian súbditos como profesos de dicho real monasterio.

Esta determinacion fue del agrado del Rey, y para que tuviese cumplido efecto encargó al Prior la formacion de las leyes ó constituciones que debian regir en lo sucesivo, tanto en el monasterio de Parraces como en el colegio, reservándose él mismo repararlas y corregirlas, como lo hizo (*).

Verificóse la traslacion el 25 de setiembre, colocándose ambas corporaciones en el claustro conocido con el nombre de la Hospedería, donde, á pesar de su estrechez, se dispuso todo cuanto fue necesario, así para las 24 celdas de los monjes colegiales cuanto para los alumnos seminaristas. Habilitáronse igualmente las aulas necesarias para las esplicaciones, asi como tambien capilla donde se cantase la Misa del alba y los colegiales pudiesen rezar, la cual se estableció en lo que hoy es portería principal. Prévio beneplácito del monarca nombró el Prior algunos monjes con destino al monasterio de Parraces, con arreglo á lo que prevenian las constituciones.

Mandó asimismo que los monjes mas inteligentes y aptos se ocupasen en la formacion de las costumbres monásticas, sobre cuyo punto surjieron no pocas dificultades, porque como los monjes mas ancianos, inteligentes y espectables procedian de diferentes monasterios, cada cual se esforzaba por plantear en aquella casa lo que en la suya aprendió, dando esto lugar á grandes diverjencias, y llegando á producir tantos disgustos, que los que habian ido del monasterio de Guadalupe se marcharon, á



FR. JULIAN DE TRICIO.

(*) El que guste enterarse mas por menor de estas constituciones, las hallará en la historia de la orden de San Gerónimo del P. Sigüenza, tomo III página 575.

pesar de las instancias y buenos deseos del Rey, quedando con este incidente las costumbres á medio hacer, y sin la aprobacion ni formalidad debidas.

Tuvo la Comunidad, además de esto, el sentimiento de perder el 5 de octubre á uno de sus mas respetables individuos, al P. Fr. Juan del Colmenar, primer monje que pisó el Escorial, primer Vicario y segundo Prior de él. Abandonó esta vida á una edad ya avanzada, habiendo practicado muy buenas obras, y dejando vivos recuerdos de su ejemplar vida entre sus compañeros de claustro.

Habíase trabajado con ahinco en la fábrica del templo, y el dia 14 de junio de 1575 quedaron sentadas las basas de los enormes pilares que sustentan toda la obra: los encargados inmediatos de ella eran dos maestros aparejadores llamados el uno Tolosa y el otro Escalante, á los que el Rey daba cierto salario, y ellos cuidaban de hallar los medios de sacar la piedra y escojer quien la labrara y asentara, estando á su cargo todas estas cuadrillas, así como las de los albañiles y peones necesarios. Trabajaron así con el mayor entusiasmo y perseverancia por espacio de un año, pero todos sus esfuerzos se quedaban muy atrás con relacion á los deseos de Felipe II, el cual se vió asaltado de nuevo por la triste idea de que, por mucho que viviese, no veria terminado el monasterio. Contemplaba allá en su imaginacion la grandiosidad del edificio, y calculando por lo que con tanto ahinco se habia hecho en un año, sentia con cierto profundo dolor que su esperanza desfallecia: pero acostumbrado á superar mayores dificultades, merced á su gran fuerza de voluntad, encontró la manera de poner un pronto remedio. Para ello llamó á su presencia á Tolosa y á Escalante, haciéndoles saber que la fábrica no marchaba con la presteza que él deseaba, y que le dijesen de qué medios podrian valerse para acelerar la obra: despues de haber estos hecho un esfuerzo de imaginacion y apurado sus conocimientos prácticos, su proposicion estuvo muy lejos de satisfacer al monarca, pues se redujo á decir que no levantando mano y trabajando lo mas que se pudiera harian mucho si cada año se ponía *una hilada de piedras en todo el contorno de la iglesia*. Calcúlese la elevacion de esta, y por consiguiente la gran cantidad de *hiladas* (*) que contiene, y facilmente se comprenderá el desconsuelo que semejante respuesta causaria en el corazon del fundador, al ver la inmensa cantidad de tiempo y de dinero que esto reclamaba, esponiéndole además á tener el disgusto de no ver realizada su idea.

Grande sensacion hubo de producir esta noticia en la mente del Rey, haciendo vibrar la cuerda mas sensible de su alma, é hiriéndole en la parte que mas podia lastimarle. Sobreescitada su imaginacion con este contratiempo, puso en juego todos los resortes de su peculiar organizacion, terminando por recurrir á los conocimientos del lego Villacastin. Mas no queriendo abordar con él frente á frente esta cuestion ó consulta, y para que aquel se esplicara francamente y sin rebozo, dispuso que antes le



EL ARQUITECTO PACHOTE.

explorase el Conde de Chinchon. Hízolo así el Conde, y el lego le contestó estas pocas pero acertadas palabras: *Si S. M. quiere ver pronto concluida la iglesia, que traiga muchos cabos*. Esta respuesta, que no fue comprendida por el Conde, dió lugar á que este tomase por el brazo á Fray Antonio, llevándolo á presencia del Rey para que diera su esplicacion. Interrogado efectivamente por el monarca manifestó que el único medio de avanzar era multiplicar los maestros y dar la obra á destajo, pues así no solo se adelantaria mas, sino que la construccion ganaria mucho por la justa emulacion que esta práctica debia producir. Un rayo de luz iluminó la frente, poco antes oscura, del Rey; y apoderándose de esta idea como de la única tabla de salvacion, mandó despachar cédulas por todo el reino en noviembre del mismo año, llamando para el 24 de diciembre á cuantos maestros quisieran encargarse de los destajos. Con el objeto de poner mejor en planta esta idea, dispusieron Villacastin y Herrera, por encargo especial del Rey, que la obra de la iglesia, cuyo plano habia sido presentado por *Pachote*, se dividiese en diez destajos con la mejor proporcion que pudieron; y á fin de que las proposiciones fuesen iguales, estendieron su pliego de condiciones esperando la época prefijada. En esta como en otras muchas ocasiones se presenta á nuestra vista la clara imaginacion del obrero á quien Sigüenza no tiene reparo en llamar el alma de la fábrica; del hombre que contestó lo que ya sabemos cuando se le invitó á ayudar en la colocacion de la primera piedra, y que tuvo la satisfaccion de colocar la última, cumpliéndosele el deseo que le impeliera á dar aquella contestacion.

(*) Hay 150 hiladas hasta el arranque de la linterna de la media-naranja.

Murió por este tiempo el arquitecto Juan de Toledo, y le reemplazó en la continuacion de la obra Juan de Herrera su discípulo ⁽¹⁾. Trasladado de nuevo el Rey al Escorial instituyó una Congregacion *de Obras y Fábrica*, compuesta del Prior, el arquitecto mayor, el veedor y el contador, cuyos cargos eran gratuitos, y su obligacion desempeñar la parte directiva.

Mucho se murmuraba en todos los estados del Rey de España acerca de las inmensas sumas invertidas en la construccion de un convento; muchas eran las hablillas que circulaban sobre si Felipe II, que solia no pagar á los soldados que le conquistaban pueblos, alzaba cada dia nuevos impuestos para atender á su místico capricho, y hacia con el sudor de los vasallos una deliciosa y magnífica morada para los frailes. Estas sordas murmuraciones, estas hablillas iban tomando cuerpo y robusteciéndose de boca en boca, lo cual es tanto mas de admirar, cuanto que sucedia en una época en que ni el carácter de Felipe II, de quien dice Sigüenza *que tenia en sí tanta magestad que ninguno le habló jamás que por lo menos no sintiera en sí notable mudanza*, ni la forma de su gobierno, daban mucha libertad á los vasallos para manifestar francamente su opinion.

Respecto de la gravedad de Felipe II, segun todos los historiadores, debemos reconocer que tenia un aire particular que ni el pincel de Ticiano retratándole en su tierna edad pudo hacer desaparecer de aquel rostro, aunque infantil. Ni el largo período de sus años, ni el cambio natural de cuatro enlaces distintos, en los que gastó la época mas bella de su vida, pudieron alejar de aquel rostro su aspecto serio y taciturno. Diríase que este Rey nunca fue niño; la severidad de sus acciones, aun las mas indiferentes, fue en él siempre un distintivo que llegó á llamar la atencion de sus ayos y maestros. Dícese que nunca se le oyó cantar, y pocas veces se le vió reir; y aunque esto pudiera ser considerado como una lisonja, estudiando con detencion la vida de este monarca, bien puede asegurarse que fueron cortos sus momentos de alegría y jovialidad, si alguna vez los experimentó. Nada tiene tampoco de extraño, que avezado desde su niñez á dirigir el timon del estado, cuyos severos actos llevan consigo la seriedad, así como la alta idea que tenia de su posicion social, vinieran á formar un conjunto de circunstancias capaces de constituirle el personaje mas serio, mas grave y mas circunspecto de su siglo. Acaso esta misma sequedad le atrajo no pocas antipatías con los flamencos, acostumbrados por naturaleza y hábito á la franca presencia de Carlos V. Era el uno flamenco con carácter español, mientras que el otro era un español con genialidad flamenca. No parecia sino que ambas naturalezas estaban trocadas. Y acaso tambien aquel mismo despego que observó en sus súbditos de los Países-Bajos, contribuyó no poco á encariñarle mas y mas con los españoles sus compatriotas. Sin embargo, tanta y tan habitual seriedad, así como sus secas palabras, hubieron de enagenarle muchas personas de talento, que hasta se resintieron de la crueldad con que solia revestir algunos de sus actos.

Cierto historiador de Felipe II nos dice que el año 1564, octavo de su reinado, se descubrió una terrible conspiracion cuyo objeto era asesinarle al comulgar en el convento provisional; y aun cita los nombres de Alvarez, Osorio, Perez, Cesar de Ocampo, Baumonde y Octavio de Aschan como cabezas de la conjuracion. Todo ello sin embargo, y á pesar de los esfuerzos del autor para convencernos de que dice verdad, nos parece pura fábula, por no hallarse consignado en ningun otro autor, á pesar de que algunos estrangeros se han ensañado contra el fundador del Escorial de un modo que raya en exajerado ⁽²⁾.

Los personajes de su corte hacian un estudio particular para descubrir en su rostro la mas ligera señal de desagrado; y su aspereza ó su crítica incisiva, picante y mordaz llevó mas de una vez el terror y aun la muerte á los corazones. Cuantos por primera vez le hablaban, por mucho que pesasen sus palabras, se cortaban en sus discursos; y muchas veces la vista penetrante que fijaba Felipe II en el orador, recorriendo de arriba á abajo al individuo, echó á perder las arengas mejor redactadas y aun aprendidas de memoria; y sus dichos agrios y punzantes produjeron, al decir de un historiador, peores resultados ⁽³⁾. Verdad es que la magestad real, aun sin hallarse revestida de severidad, lleva consigo cierta fascinacion que impone aun á los mas discretos, despreocupados ó audaces; así aconteció al célebre D. Alonso de Ercilla, quien á pesar de su hidalguía, talento y discrecion, siem-



ALONSO DE ERCILLA.

⁽¹⁾ Entre todos los autores que han escrito sobre el particular, solo Fray Gimenez nos anuncia la muerte de Toledo; los demás se contentan con decir que el discípulo reemplazó al maestro. (Fr. Gimenez, págs. 10, 424 y 426.)—D. Agustin Cean en su *Diccionario de los Artistas* publica el testamento de Juan Bautista de Toledo, cuya muerte ocurrió por este tiempo en Madrid.

⁽²⁾ Abrégé de l'histoire d'Espagne, tom. 3, pag. 229.

⁽³⁾ Dichos y hechos del Rey Felipe II.